

entraron al hotel precedidos por el camarero que les condujo al salón principal.

Cómodamente arrellanados en suaves sillones, pronto se engolfaron en animada conversación. Don Clemente satisfizo su curiosidad acerca de la vida de don Esteban, de la situación de las famosas minas de oro y de cobre que éste explotaba con grandes rendimientos, de sus fuertes exportaciones de café, etc., etc., y Julián daba á su primo cuantos detalles vinieron al caso acerca de Costa Rica, detalles que Beltrán oía con sumo interés.

Luego, don Clemente hizo reminiscencias de su ruina, de cómo había perdido su caudal, de la mala suerte que había tenido en todos sus negocios, etc., y sintió algo así como un resentimiento íntimo cuando oyó á Beltrán que con la mayor indiferencia, y como si encontrara muy natural el que estuviese arruinado, le contestó.

—Oh! eso es lo más corriente! No sé cómo no previó usted su fracaso. Minas de esa naturaleza no pueden explotarse sino por medio de sociedades cooperativas, que puedan aprontar un fuerte capital; así la lucha con la madre tierra, que á veces defiende obstinadamente sus tesoros, es más larga, y llega á decidirse en favor del más fuerte. Ella da sus tesoros, ciertamente, pero á cambio de grandes y prolongados sacrificios: es como una plaza que se rinde, pero después de nutrido cañoneo.

Cerca de las diez y media dijo Julián dirigiéndose á su padre:

—Creo que es hora de dejar descansar á Beltrán; vámonos si le parece, que ya tendremos tiempo de sobra para charlar.

—Oh! no se irán todavía, soy trasnochador por costumbre, y hemos de tomar alguna cosa.

Después de vencer las negativas de sus parientes, llamó.

—Traiga un poco de champaña helado, dijo al camarero y luego dirigiéndose á Julián: eso entonces, y no encharca el estómago.

Don Clemente tuvo tentaciones de advertir á Beltrán que *eso* aquí era muy caro, pero cayó en la cuenta de que iba á cometer una simpleza.

Se bebió y se habló un rato más; ya al despedirse, Beltrán dijo á don Clemente.

—Le ruego haga presente á Matilde los mejores recuerdos de papá, y de mi parte un afectuoso saludo que iré á renovar mañana á la hora del almuerzo, digo, si ustedes no toman á mal el que yo mismo me invite: y se rió de la manera más cordial.

Oh! y qué bien les pareció esto á don Clemente y á Julián y cuánto le agradecieron esta muestra de confianza.

Salieron encantados, y cuando llegaron á su casa, Matilde les esperaba presa de la mayor inquietud: al verles llegar solos, sintió algo así como una desilusión y entre alegre y distraída oyó la minuciosa relación que su padre le hizo de Beltrán.—No se

puede negar, la dijo, es lo que se llama un guapo mozo: ya verás, ya verás si tengo razón..... ¡qué diablura!



VI

Las personas que frecuentaban la casa de don Clemente, donde las tertulias que solían efectuarse habían tomado inusitada animación con motivo de la llegada de Beltrán, alma y vida de esas reuniones, eran: Valentina, la nota alegre y chispeante: don Eduardo Cartín, respetable personaje que coleaba los cuarentaicinco, sujeto muy serio y circunspecto que hablaba con gran aplomo de las cosas más pueriles, como si estuviese en el Congreso ante un taquígrafo que va á grabar sus frases en bronce. Este señor, que por más señas gastaba gafas ahumadas, era agricultor y representante de unos menores cuya hacienda enflaquecía á ojos vistas entre tanto que la de él engordaba.—Había abrigado sus pretensiones respecto á Matilde, pero á las primeras escaramuzas libradas hubo de volver grupas y abandonar (en apariencia) la plaza que había deseado conquistar, quedándose en expectativa.

Nada simpático, inspirarba cierta aversión á poco de tratarle, sin que nadie acertara á explicarse el motivo. Pero don Clemente y Julián tenían de él muy alta idea y le estimaban sobremanera por su honradez acrisolada y sanas costumbres (palabras textuales de don Clemente), y más que todo, por ciertos servicios que tan *desinteresadamente* y con tanta oportunidad les había prestado: Diego, el novio de Matilde, muchacho agradable y conversador que gozaba de la confianza de la casa, y que lo mismo entraba á la sala que á la cocina, con el pretexto de encender un cigarrillo en el hogar: algunas veces el Doctor Bermúdez, hombre entrado en años, jovial y alegre que aborrecía á los charlatanes que sólo hablan en las visitas y en las tertulias, de *esporos, microbios, bacterias sueroterapias, de asepsia y antisepsia*, etc.: Julián, cuando estaba de humor, participaba de la conversación un rato, y luego se largaba á su cuarto; su mayor placer consistía en estar solo. Era el *papel secante* de la familia, que había absorbido la tinta del mal humor, quedando libres de ella don Clemente y Matilde: y Mario Astorga, el menos asiduo, muchacho que no tenía más méritos que sus informalidades, pero que en cambio poseía unas agallas de tiburón; merece párrafo aparte.

Oriundo de un pobre barrio de la villa de San Pablo del Güitite, había sido Mario enviado por su padre á San José con el objeto de que estu-

diara, aventura en que metieron al pobre viejo el Jefe Político de la villa y el Alcalde, asegurándole que un muchacho como Mario, quien se había distinguido como el primer alumno de la escuela, no podía menos que abrirse carrera y quién sabe á dónde llegaría. *N̄or* Astorga, hombre de posibles, y el primer capitalista del cantón, se alampaba por que el muchacho se hiciera cura; era su sueño dorado ver un hijo suyo cantando misa y echando sermones y latinajos, pero el maldito de Mario no soltó prenda, y díjole á su tata que ya vería después, cuando le entrara vocación.

El chico fué mandado á San José como interno del primer año del Liceo.

Durante los primeros tiempos todo marchó bien; Mario era un muchacho de mucho despejo y trastienda, y no tardó en desbastarse; se hizo otro: nadie habría reconocido después en aquel jovencito correctamente vestido, de cara delgada, ojos vivos, y de una dulce palidez de adolescente, al hijo de *n̄or* Astorga de San Pablo del Güitite.

Sin perder uno sólo, ganó todos los años, y fué uno de los bachilleres que salieron con mejores notas.

En el Liceo, había sido condiscípulo de Julián; ya éste se preparaba á dejar el plantel, y allí se conocieron y simpatizaron. Julián le llevó algunas veces á su casa, y el chico había *caído bien*, como suele decirse.

Dotado Mario de gran imaginación, y pro-

fundamente malicioso á sus pocos años, habría sido una excelente madera para algo provechoso. Pero sucede á veces que hay idiosincrasias de idénticas tendencias y condiciones, que elevan muy alto á determinados seres mientras que á otros les precipitan á la nada: fuerzas que en ciertos organismos son empuje y vida, en otros se convierten en inercia y muerte: y es que no hay, es que falta una clara percepción de las diferentes aptitudes é inclinaciones del espíritu, á fin de aprovechar aquellas fuerzas que en confuso montón lleva cada individuo en su *yo* psicológico y de encaminarlas hacia un fin armónico preconcebido y útil.

A la salida del Liceo y ya con su título de bachiller, Mario no se había resuelto á nada; su pobre padre había hecho grandes sacrificios para costearle su educación y creía que Mario estudiaba *pa abogao*, como una vez éste se lo había dicho, solamente para disculpar sus continuas demandas de dinero.

Había alquilado un cuarto que amuebló con suma elegancia y poco á poco sin darse cuenta fué tomando gran gusto por la disipación y la vida de gran señor que se daba en compañía de sus compinches y amigos que no eran pocos, algunos de ellos *hombres de letras* que le ayudaban á gastar alegremente sus reales, que bien pronto abandonó todo estudio viviendo á costa del dinero de su padre, de pagarés que hacía garantizar por amigos y personas que creían que era un ricachón á quien su

padre no abandonaría jamás; y cuando la cosa apremiaba mucho, allí estaban las casas de préstamos.

Tenía, eso sí, especialísimo cuidado en cumplir con esas obligaciones, no tanto por decoro ni por honor, que bien desmedrados andaban á la sazón estos atributos en don Mario, sino por puro cálculo, por fanfarronería y para darse tono.

Otra de sus grandes preocupaciones era la de vestir bien. Sabía por experiencia que á una persona mal trajeada, que lleva un cuello ajado y con flecos no hay quien le preste una peseta.

Así, pués, Mario vestía con elegancia, calzaba charol, y nunca se ponía dos días seguidos una misma corbata, adminículo que sabía escoger admirablemente. Tenía gran afición por los buenos perfumes, detalle que le había dado gran ascendiente entre las muchachas que trataba, algunas de las cuales le decían *Astorguita*, quizá porque creyeran que aquel mozo que iba siempre hecho un confite sería, andando el tiempo, un partido muy aceptable.

En la actualidad todo el mundo le llama *Trillito* debido á un suceso que vamos á referir.

Cerca del cuarto donde habitaba Mario, tenía su oficina un notario de mucha clientela, y de protocolos nutridos. Hubo de hacer una escritura y le rogó á aquél que sirviese de testigo en el *instrumento*.

El dicho notario conocía perfectamente á Mario y su familia; hecha la escritura, fué leída

“ante el otorgante y testigos, don Mario Astorga Conitrillo. . . .”

—Alto, había gritado Mario interrumpiendo al legista con gran asombro de los concurrentes, y con aquella franqueza y desparpajo que mostraba en cualquiera situación. Me llamo Mario Astorga Ocón—y—Tri—llo (y marcó bien las sílabas) ¿qué es eso de Conitrillo?

—Ocón y Trillo? repitió el notario algo perplejo ¿no es lo mismo?

—No señor, no es lo mismo: parece usted olvidar que el verdadero apellido es Ocón y Trillo y que *Conitrillo* no es más que una corrupción de él. . . . eso lo debería usted saber. Y no hubo caso; se enmendó el error. Mario en su afán de hacerse notable aparentaba creer que era descendiente directo del ceñudo y socaliñero gobernador español don Juan de Ocón y Trillo que allá por el año de 1604 estuvo en un tris que se comiera á Cartago con todo y sus piedras (que no son pocas).

La anécdota corrió bien pronto, y los amigos y conocidos de Mario le llamaron en adelante Trillito: él mismo se reía de eso y lo echaba á barato.

Lo malo del cuento fué que uno de los interesados en la escritura, vecino de San Pablo del Güitite allí presente, llegó todo escandalizado contando á ñor Gregorio Astorga y á su amadísima costilla ña Tomasa Conitrillo, que don Mario allá en la *suidá* se había *quitao* el apelativo de su *mama* porque era muy *corrompío*.

Negro se vió Mario para hacer comprender á sus padres la verdad de lo ocurrido; á *ña* Tomasa maldita la gracia que le hizo la explicación. Ella era tan Conitrillo como lo había sido su tata, su abuelo y de *allí parriba* todos los Conitrillos habidos y por haber; *¿corrusión* en los Conitrillos? hasta *agora* Dios primero no *habío* un solo Conitrillo *corrompío*.....





VII

Entre los amigos de Trillito había uno, verdadero tragaldabas, de ésos que encuentran muy cómodo el aceptar de todo el mundo atenciones y convites, pero que en materia de *devolver*, muchas veces no devuelven ni los buenos días, y no porque anduviera escaso de *numerario*, que sin tener oficio ni beneficio conocido, llevaba siempre en la cartera algunos billetes bien dobladitos y convenientemente separados.

Alguien había asegurado que una pariente acomodada que tenía en Heredia le enviaba dinero; otros, que vivía del juego; éstos no andaban desca-minados, pues el tipo que nos ocupa era de los afortunados que ganan casi siempre y que suelen perder raras veces sobre todo en la *poka*, de la cual sacaba una renta para vivir muy sabrosamente, y no faltó también quien dijera que sabía darse cuatro ases cuando el *pot* estaba gordo.

Llamábase el tal, Marcos Gálvez; era más grueso que delgado, cara redonda, con unos ojos

pardos sin expresión, salvo cuando daba las cartas, que entonces sí tenían miradas de gato goloso que sabía atenuar con una sonrisa bonachona.

Le gustaba llevar la contraria, y conversaba y discutía á gritos, con grandes manotadas, como quien desea hacerse oír de los antípodas. Tenía la pésima costumbre de acercarse mucho para hablar, y de meterle á su interlocutor las narices en los ojos, de modo que éste iba dando hacia atrás pasito tras pasito, y no era raro que si se encontraba con Gálvez en el Parque Central, fuera á concluir la conversación en el Nacional.

A Trillito que era un joven á la moda y no sufría ciertas faltas de cultura en algunos de sus amigos, le cargaban las de Gálvez, pero las disimulaba porque éste ejercía sobre él cierta preponderancia, por los aires de matón que solía gastar con algunos de sus amigos, y por la franqueza con que en cualquiera esquina emitía á gritos sus pareceres respecto de algunas personalidades: verbi gratia.

—Don Fulano? un sinvergüenza, un *quebrado impropio* que resultó después con muchos *enteros* y se pasea tan campante. no es la primera zorra que pela! —Don Zutano? amasó una buena fortunita á fuerza de rapiñas y hoy es un respetabilísimo personaje que va regando hombría de bien por donde pasa.—Don Mengano? está continuamente pidiendo prestado y no paga sus deudas.—Doña Zutana? una coqueta que adora á todos los hombres menos á su marido, á quien ha coronado más de una

vez con la diadema *del martirio*.—Doña Perenceja ? una lenguaráz que tiene el inmenso placer de traer y llevar chismes callejeros... es el sarampión de los hogares... Y así por el estilo vociferaba de todo el mundo. Un jácaro á quien temían los tímidos.

Era asiduo concurrente del Club Internacional, donde logró entrar merced á los excelentes padrinos que se agenció y á otras tretas que puso en práctica para poder pasar por el baloteo.

Meses después logró meter allí á Trillito, cosa no muy difícil si se atiende á que éste era simpático, de buenos modales, y tenía fama de rico y calavera.

En ese centro de la buena sociedad josefina era Gálvez mal visto, y cuando corrió el rumor de sus probables marrullerías, se tomaron precauciones para observarle, sorprenderle infraganti, y expulsarle. Pero, fuera que Gálvez hubiese cambiado de táctica, fuera que los rumores carecieran de fundamento, es lo cierto que no se le pudieron *coger las cabullas*, y si las más de las noches salía ganancioso, era debido á su sistema de juego; como le decía á Trillito cuando salían á la madrugada algo alumbrados debido á las copitas de cognac que apuraban: (Trillito las tragaba ya muy lindamente).

—Fíjate que siempre hay un rato en que uno está ganando; pues á las primeras que después se pierdan, trás! se zafa uno y abur!

—Eso es feo, contestaba Trillito; parece uno un peón que va á sacar el jornal.

—No seas tonto! y qué es lo que hacen los otros? aquel señor gordo que me zampó el *fulján*

por *jotas* qué hace? en cuanto se *embuchaca*, le duele la panza y se larga tan fresco!

— Sí, pero yo no tengo ese carácter hasta que no me ganen el último *cinco* no me voy.... ah! si yo pudiera levantarme cuando gano, otro gallo me cantara.

—Pues hazlo, no seas tonto; mira, yo con mi sistema, conformándome con ganar diez pesos cada noche, vivo muy holgadamente: trescientos pesillos al mes libres de polvo y paja.

Trillito había adquirido una pasión desenfrenada por la *poka*: tuvo sus noches de auge, y noches de estar con un *tuerce* infernal.

Cuando no tenía dinero suficiente para jugar, se ponía de un humor de mil diablos, y á fin de conseguirlo, aguzaba el ingenio y ensartaba cada mentira que temblaba el mundo. El sabía donde encontrar *monis* al módico interés de diez por ciento y siempre aseguraba que era por tres ó cuatro días á más tardar, por que mi papá,—decía muy serio—debe enviarme el sábado cuando venga *el mandador*, unos trescientos sesenta pesos que le he girado; ó bien aseguraba que se había olvidado de pasar por la Fábrica de licores por un *cheque* de dulce de cuatrocientos quince pesos que él tenía orden para retirar, y así por el estilo.

Con todos esos embustes le era fácil adquirir dinero que se le volvía en las manos sal en agua.

Perdió el gusto por el trabajo, (si alguna vez lo tuvo), y siempre creyó que él había venido al mundo para gozar y divertirse; que trabajen otros....

Su padre, con todo y ser de la mejor pasta del mundo se había cansado de enviarle dinero, que ya no soltaba ni á tiros; pero allí estaba *ña* Tomasa, que como todas las madres hallaba siempre manera de disculpar á su hijo y de abogar por él, á fin de que al pobrecito no le faltara nada. En la *suidá* todo es tan caro.....!

Esta era la vida de Mario hacía ya mucho tiempo.

Un suceso vino á darle fama de guapetón y valiente, suceso que fué comentado en los grupillos callejeros, y debidamente celebrado, porque la peor parte hasta allí había sido la de Gálvez, quien tenía nombre de osado y perdonavidas.

Cierto domingo en la noche jugaban *poka* como de costumbre, Trillito y Gálvez con cuatro de sus camaradas, buenos apuntes todos, y el naípe, como dicen los aficionados estaba *caliente*.

Trillito andaba enredado en una conquista amorosa, con uua guapa costurera que le traía "con los cascos á la jineta," y después de haber estado muchas veces erre que erre con la muchacha, obtuvo al fin que ésta le concediera una cita por la ventana, para conversar un ratito. La cita era para las once esa noche, y Mario no quería jugar temeroso de perderla; pero después de varios ruegos, se sentó á jugar, y con tan buena suerte, que no había lance que no *ligara*.

Tenía un enorme montón de fichas y buena cantidad de billetes de Banco. Gálvez, quien había

llegado esa noche un poco más tarde que de costumbre, estaba tan *torcido* que no hacía ni *pareja*, lo que le tenía de un humor negro.

A Trillito no le llegaba la camisa al cuerpo; miraba el reloj á cada momento, y á eso de las diez y tres cuartos,—venía un *pot*,—dijo con resolución.

—No juego más, tengo que irme.

Gálvez lanzó á su amigo una mirada oblicua, y luego otra de felino al montón de fichas y de billetes que Trillito tenía por delante, y con mal reprimido despecho, le contestó:

—Es muy temprano. . . . ! ya porque estás *de leche*.

—Bien sabes, arguyó Trillito algo amoscado, que jamás me levanto de los primeros, y siempre pierdo. . . .

—Por lo mismo, repuso otro de los jugadores; aproveche su suerte. mire que no hay que despreciarla.

Trillito entró al *pot*, no sin protestar que sería el último que jugaba.

Se dieron las cartas, se abrió el *pot*, y se volvieron á dar; quedaron finalmente para disputarse el juego, Trillito, Gálvez, y otro señor que estaba muy callado y sin *llorar* sus pérdidas. Después de varios reenvidos que el primero pagaba, y que á su vez hacía, se vieron las cartas. Trillito había ganado con un *fulján* por reyes. Gálvez, que lo tenía por reinas, gruñó por lo bajo algo en que sonó la palabra *jarana*, y miraba fijamente al

otro jugador, como queriendo decir: ¿qué le parece á usted?

—Extrañas que esté tan *derecho* esta noche,? le preguntó Trillito sin mirarle, mientras contaba las fichas que se proponía cambiar.

—Sí, lo extraño, contestó Gálvez;—casi no has perdido juego. siempre estás *llorándola*, y agregó á media voz dirigiéndose á otro de los jugadores en son de zumba: este *ñor* Conitrillo sí que sabe *hacerla*, en cuanto se ve *embuchado*, se levanta. y abur!

—Y eres tú quien dice eso, replicó Trillito ya con la mostaza en las narices, presintiendo el final de la escena, y molesto por el tono con que Gálvez había proferido aquellas palabras; tú, quien me aconseja que me levante en cuanto gane diez pesos.!

—Mientes!, gritó aquél poniéndose amarillo.

Trillito sintió aquel *mientes* como un latigazo que le cruzaba el rostro, y no fué dueño de sí; sin pensar en lo que hacía, con las manos crispadas, y lívido de rabia cogió á puñados las fichas, y las arrojó á la cara de Gálvez como un verdadero metrallazo. Este avanzó sobre aquél con los puños cerrados.

—Canalla! *concho* metido á gente, ya verás cómo castigo esas osadías. . . .

Pero Trillito que estaba preparado dió un paso atrás, y tomando la silla con suma ligereza, asestó á Gálvez un silletazo de vuelta y media que le hizo ver á Saturno con todos sus anillos, y caer de bruces.

Los jugadores se interpusieron y sujetaron á los combatientes. Los que estaban en la sala de los billares, y en la biblioteca, acudieron al estruendo, pero ya sólo vieron á Trillito entre un grupo de personas, que envalentonado por su acción, lanzaba miradas de reto á todos lados, mientras que Gálvez, detenido en otro grupo, se arreglaba la corbata que tenía sobre la nuca, y se acariciaba un chirlo que parecía un higo que le habían madurado sobre la ceja izquierda; bufaba como un toro al que han clavado una banderilla de fuego.

—Ya me la pagarás.....*concho!*

—Cuando quieras, contestó Trillito exasperado y resuelto á *jinetear la burra* en que se había encajado.—Tienes mucho gañote....pero yo tengo.....muchos nervios!....y atusándose el bigotillo como un general vencedor, salió de la sala y bajó las escaleras con aparente serenidad.

Llegó á la esquina noroeste del Mercado, y dobló hacia la derecha, por el "Paso de la Vaca" donde vivía su costurera, con el temor de no encontrarla ya.

Demonio! decía para sus adentros: lo que es ese majadero de Gálvez, si me toca un pelo, le sopló un tiro como hay Dios;! faltaba más que á título de que tiene aquel corpachón quisiera.....pero bien, creo que he estado en carácter; no me arrepiento: hay que darse á respetar, no me he portado mal.

Anduvo un buen rato haciendo mil planes acerca de *su costurera*; por fin llegó á la ventana, y

se paró desconsolado al ver que no había alma viviente.

—Qué *caray!* se dijo; llamaré: “audaces fortuna etc” y dió resueltamente sobre el vidrio tres golpecitos: esperó, y luego le pareció oír que alguien llegaba y abría con gran cautela. Trillito lanzó un suspiro de satisfacción al percibir en las sombras de la sala, el bulto de una mujer que se aproximaba.

—Ingrata, tanto esperarte. . . !. . . dijo Trillito alargando las manos hacia el interior, para atraer á su amada. Pero no pudo decir más; vió algo así como un chispero á causa de un golpe que le propinaron en el centro del frontal, con algo muy *contundente*, parecido á una *raja de leña*, y que no por venir de manos femeninas era menos *respetable*.

—Pillo, *zamarro*, *vagamundo!* gritó una voz cascada: *arrimate pa* decirte cómo es que se persigue á una muchacha honrada! *arrimate pa* darte otro. Trillito reconoció á la tía de su Dulcinea, verdadero ángel con uñas y nariz de lechuza que guardaba la entrada de aquel paraíso, no con espada flamígera, sino con una nudosa tranca de café. Aturdido y mohino recogió el sombrero y se largó más que de prisa pensando con dolor *de su cuerpo* en los ocultos designios de la providencia. Gálvez había sido vengado!



de país de consorcio si van con el habitante...
 (Faint, illegible text follows, appearing to be a list or a series of short paragraphs.)





VIII

Había entrado Diciembre con sus alegrías.

La cosecha de café era buena, y se notaba algo así como un júbilo general, después de algunos tiempos de escasez y de temores.

El comercio había hecho fuertes importaciones: los escaparates de las tiendas, ricamente surtidos, exhibían los sombreros, los encajes, las sederías y confecciones de última moda, que atraían las miradas de los transeúntes.

Se hablaba ya de que las fiestas cívicas serían espléndidas, y el baile en el Teatro Nacional un verdadero acontecimiento.

Diciembre, el mes de las alegrías para este pueblo que se pasa el año encorvado sobre el arado, fecundando con el sudor de la frente el suelo generoso que corresponde con creces los nobles esfuerzos de sus hijos.

Diciembre trae con sus frescas brisas y sus mañanitas frías un general contento, nos trae algo

así como el perfume de nuestra infancia, como el recuerdo de una juventud dichosa que llena nuestra alma con esas suavidades y esas bellezas que sólo dejan las dulzuras idas, las dulzuras muertas.

En este mes, hasta el humilde jornalero lleva á su modesto albergue algunas ropas nuevas para su esposa y sus hijos: todos gastan como animados de la general alegría, y parece que el dinero en ese tiempo costara menos trabajo ganarlo cuando vemos la facilidad con que se gasta.

Es el mes de las alegrías para los niños, ya en plenas vacaciones, como quien dice *miel sobre hojuelas*: la perspectiva de la Noche Buena, la de las fiestas con sus mascaradas y demás espectáculos, y sobre todo, la inmensa dicha de estrenar un vestidito nuevo, y dejar los humildes guñapos que han llevado todo el año á la escuela, cien veces remendados por la buena madrecita que también goza con la llegada de Diciembre. Ella irá siempre con las mismas ropas viejas entre tanta alegría, pero ¿qué más quiere? sus hijos serán felices unos cuantos días. Y ahora que hasta los niños más pobres,— los tristes olvidados— tienen también su aguinaldo de Noche Buena, ¡los granujillas!... gracias á ese sentimiento de ternura infinita, casi maternal, que ha tomado forma, que se ha cristalizado en la bellísima y cristiana costumbre seguida por las Juntas de Educación de reunir en los templos donde aquéllos reciben el pan de la instrucción, á los pobres desheredados para hacerles allí el presente del cariño y del amor,

á ellos, los hombres, los soldados de mañana, á los futuros trabajadores que cantarán en los talleres y en nuestras montañas hoy vírgenes, al compás sonoro del hacha, el eterno himno de la fraternidad y solidaridad humanas!

Qué cosa más hermosa, la escuela convertida en un hogar! Ah, bendito mil veces el árbol de Noche de Buena, que en medio de aquélla, es un bellissimo símbolo de amor y caridad! Bendita nuestra querida patria donde jamás se pierde en el vacío de la indiferencia la nota tiernísima que busca el acorde de la unión cuando se trata de llevar pan al hambriento, consuelo al afligido, protección al huérfano.

La casa de don Clemente sita en la avenida... es de fábrica moderna. Un zaguán de entrada; á la derecha, la sala; y á la izquierda un aposento que ocupaba Matilde. Detrás de estas piezas, había otras dos; la una, el escritorio de don Clemente, y la otra, la de la izquierda, su dormitorio, donde Matilde había metido algunos chécheres que no quería colocar en su cuarto, para que no se viesan de la calle; no merecían ese honor los consabidos que eran: un roperillo de cedro deslustrado, tres cofres, una máquina de coser "Domestic", no porque Matilde la utilizara, que ella no entendía de eso, sino para cuando fuese la costurera; y un sillón inválido. Independiente y en último término estaba el cuarto

de Julián, después del comedor y con puerta á la calle.

El zaguán de entrada desembocaba en un corredor que seguía hacia la derecha, y luego tomaba haciendo un ángulo recto, al interior de la casa.

El corredor estaba profusamente adornado con cubos de madera colmados de tierra, y colocados en trípodes de hierro, pintados de verde y en los cuales crecían matones de pacayas y begonias de hojas anchas y aterciopeladas, y de arriba, de trecho en trecho, colgaban canastas hechas de reglitas de madera en que florecían algunas orquídeas. Por debajo de las canastas asomaban los *toritos* esas flores caprichosas que con sus pintitas negras como lunarritos, suelen parecernos á veces escarabajos que miran con ojillos atontados.

El patiecillo que quedaba en el centro de la fábrica, con pujos de jardín, ostentaba cuatro arriates descuidados donde florecían algunos rosales, azucenas, varitas de San José y claveles blancos. Por la pared de enfrente, de ladrillos ennegrecidos, trepaba verde y frondosa una mata de *luna*, cuyas flores tienen la propiedad de abrir sus pétalos grandes, blancos y delicados, todas las tardes á las cinco: es una verdadera palpitación de blancura y de perfume, todo un alumbramiento que se advierte á simple vista.

El lujo de la casa estaba circunscrito á la sala, que era por decirlo así el *cerebro* de aquel cuerpo.

Con todo y estar don Clemente en situación

tantico precaria, la sala tenía así de golpe buen ver, tal era el arte de Matilde para presentar las cosas de manera bien diferente de como eran. Un desgarrón de la tela del sofá, estaba habilidosamente cubierto con un antimacasar estilo persa. Una estatuita que había sobre el piano, instrumento que solía mortificar Matilde, y á la cual estatuita faltaba un brazo, estaba colocada de cierto modo *tan artístico*, que era imposible notar la avería: un florero desportillado en el borde, escondía su vergüenza bajo los pétalos de una rosa, generalmente la más grande del ramo y así por el estilo; Matilde aguzaba el ingenio para disimular el mal estado de su mobiliario. Veíase en la sala profusión de mesitas hechas de palos de las escobas que *habían sido*, preparados convenientemente y dorados que era una maravilla; algunas, de estilo chinesco, sustentaban sendas mace-tas de barro donde se erguían otras tantas pacayas que comunicaban á la sala cierto frescor, y presentaban un aspecto muy agradable.

Haciendo justicia á Matilde, debemos confesar que para el arreglo de la sala, peinarse y escoger las telas y colores de un traje era una artista consumada aun cuando no supiese confeccionar éstos; aquí eran las grandes aperturas en que solía hallarse, pues no siempre la modista estaba en disposición de atenderla con la premura que Matilde deseaba, por muchos motivos que no son para dichos, pero que el lector comprenderá.

Y era una lástima todo ello, porque Matilde,

libre de ciertos prejuicios, con un poco más de aritmética y otro poco menos de imaginación, habría sido una mujer casi perfecta. De buena estatura, blanca y de colores frescos; de rostro ovalado, de ojos pardos oscuros que siempre parecían húmedos y que cuando miraban con alguna fijeza, entornábanse á impulsos de una secreta idea que quizá acariciaba; la nariz recta con una ligera cinturita á la mitad, tenía un vuelo casi imperceptible hacia afuera, indicio de malicia ó de agudeza, según dicen los que han estudiado *narizología*, pero nada era tan perfecto como su boca, pequeña, de labios algo carnosos y de un rojo admirable; dos comisuritas se acentuaban á los lados del labio superior, hacia arriba, las que á veces, y fijando la atención en tan gracioso conjunto, comunicaban á aquel rostro una expresión que no se acertaba á definir si era de dureza, de sarcasmo ó tal vez de simple orgullo.

Ah! si á Matilde no hubiese faltado su madre, qué diferente educación habría tenido y qué modelo de mujer de su hogar!

Pero el tiempo que estuvo en un colegio, donde aprendió tantas cosas que no aparecían en los programas, aquellas cosas que en ciertos lugares se aprenden, á fuerza de verlas escritas en las paredes y aun ilustradas con dibujos groseros, que la natural curiosidad de una joven devora con la secreta voluptuosidad de lo prohibido; las amigas despreocupadas que emponzoñan una alma inocente, las debilidades de un padre amoroso y sin malicia,

todo eso había contribuido á llevar al alma de Matilde una especie de *ateísmo* en su religión de mujer, ateísmo que pareció adormecerse y desaparecer con el trascurso del tiempo, cuando dejó el colegio, y se dedicó más al hogar y al cuidado de su padre, y frecuentó menos el trato de algunas de sus amigas. Aunque es cierto que la mujer es una planta sensible, pronta á asimilarse los elementos que le proporciona el medio en que vive, también lo es que las primeras impresiones que recibe son más duraderas, y hieren profundamente su organismo psíquicamente más sensible y delicado que el del hombre.

No estaba Matilde enamorada verdaderamente de Diego, su novio. Le profesaba un cariño muy parecido al amor, diríase un amor que se deslizaba manso, sin las turbulencias de la pasión.

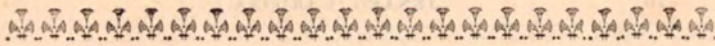
Comprendía que la mujer en Costa Rica no puede alimentar otra aspiración que la del matrimonio, siempre que en este paso haya probabilidades de que el elegido para marido reúna ciertas condiciones que le aseguren un éxito si no brillante, por lo menos aceptable.

Matilde, que como ya sabemos tenía más imaginación, más fantasía que cálculo, más romanticismo que positivismo, no era una mujer capaz de hacer un matrimonio de conveniencia en la verdadera acepción de la palabra; pero comprendía que de-

bía casarse, y si bien Diego no era su ideal, sí le creía un muchacho de talento y lo suficientemente apasionado para hacer feliz á una mujer. . . . hasta donde pueda serlo cuando se casa por. . . . casarse.

Muchas veces creyó que le amaba, cuando sentada á su lado hablaban en voz baja y se miraban de lleno: entonces sentía que la mirada de Diego, como iluminada por el fuego interior de una pasión vehemente, la quemaba, le entraba hasta el corazón, y bajaba los ojos subyugada por la superioridad de aquella mirada franca y leal que parecía leer en el fondo de su alma.

En el momento que nos ocupa, Matilde experimentaba un sentimiento extraño hacia Diego: creía quererle menos pero al propio tiempo sentía por él una especie de conmiseración, de piedad, algo de lo que se siente cuando hemos ofendido á una persona que estimamos en alto grado, y le parecía oír allá en el fondo de su ser la voz de *otra* Matilde que la recriminaba amargamente: era que luchaba con sentimientos encontrados.



IX

Beltrán Urdaneta, el estimadísimo sobrino de don Clemente, era lo que podemos llamar el perfecto tipo del hombre de mundo. De educación exquisita, de maneras distinguidas, y de una conversación ora sencilla y llana, ora brillante y erudita, según con quien departiera, pero siempre atrayente y amena, tenía esas sinuosidades y vehemencias que presta á la palabra fácil y viva, un gran conocimiento del mundo y de los hombres, adquirido en sus constantes viajes.

Entiéndase que decimos *los hombres* en sentido genérico, pues aquí para *entre nos*, los mejores estudios de Urdaneta los habían merecido las mujeres, norte y fin de todas las aspiraciones de este eterno enamorado de la *forma plástica* de las Evas hermosas.

Se comprenderá que Beltrán era un gran egoísta, en el más alto sentido metafísico. Todas las ventajas, todos los atributos de que disponía, los

empleaba única y exclusivamente en proporcionarse el placer á *montones*, para devorarlo luego con una avidez asombrosa. Pensaba como aquél que dijo: "Todo el tiempo que no se dedica al amor, es tiempo perdido"; y sabía cuánto pueden una buena figura, pocos años y muchos pesos.

Era despreocupado, mejor dicho, un escéptico que no creía más que en el placer, y estaba listo á disfrutarlo en cuanto lo tenía á su alcance, sin ver más allá, sin darse cuenta de otra cosa que del placer mismo: seguía sus inclinaciones como las aguas del río su curso, pero guardando las apariencias con un convencionalismo metódico, ceremonioso; era difícil que abandonara una empresa en que su fino olfato de hombre de mundo adivinara buen éxito.

La primera vez que se presentó en casa de su tío, recibió una verdadera sorpresa cuando se encontró frente á Matilde, pero una sorpresa muy agradable por cierto. He aquí, se había dicho; de cómo tengo una prima adorable, y apenas si lo sospechaba!

Por la extensa conversación que ese día tuvo durante el almuerzo, supo que Matilde estaba comprometida con su novio, que éste era un muchacho pobre, pero que empezaba á abrirse camino debido á su laboriosidad y buen juicio, aunque no tenía, en materia de *tener*, más que los mejores propósitos de ganar mucho dinero, (propósitos que dicho sea de paso, no faltan á ningún mortal, lo cual ya es algo), y de casarse para llevar una vida quieta y tranquila.

Hombre sagaz, Urdaneta comprendió en seguida el carácter de su prima y quedó convencido de que Matilde era de naturaleza romántica y soñadora, que vivía á mil leguas de la realidad del mundo, pero también notaba en ella á veces esa resignación natural, sin jactancia, de la mujer que está resuelta á hacer la vida que hacen todas las que se casan sin amor con un hombre que las ama y que trabajará por ellas con fe en el porvenir.

Ella estuvo generalmente reservada, con esa natural altivez de una mujer que se encuentra frente á un hombre que considera superior, por ese vago temor que las asalta al pensar que ese hombre puede suponerlas fáciles y acomodaticias, sentimiento que ha sido, no pocas veces, su escudo protector, porque entonces hacen prodigios para defenderse de las asechanzas. Y eso que la generalidad supone ser *virtud*, no es otra cosa que la manifestación del *orgullo* sublevado, que lucha en ellas por no verse rebajadas ante aquel hombre que las admira y subyuga. . . . pero qué estériles son á veces esas luchas!

Beltrán, que de todo ello se daba cuenta exacta, se comportaba muy discretamente: evitaba encontrarse á solas con Matilde, manifestando hacia ella una indiferencia que estaba bien lejos de sentir.

Para hacer algún obsequio á don Clemente, observaba Beltrán una delicadeza admirable, de suerte que jamás podía darse por lastimado ni el orgullo de Julián que en estos asuntos, como en todos, hilaba muy delgado.



Julián había cobrado un verdadero afecto por su primo, á quien juzgaba simplemente como un vividor alegre y jacarandoso, que no se cuida del mañana, como quien tiene su alma en su armario, y estaba prendado de sus sentimientos que no se cansaba de elogiar.

En las conversaciones íntimas que había de sobremesa, (Beltrán almorzaba y comía las más de las veces en casa de don Clemente), aquél sacaba á colación con estudiada frecuencia, el proyectado matrimonio de Matilde y Diego, para decir que si él, Beltrán, permanecía aquí cuando se llevara á efecto, nadie le disputaría el honor de apadrinar esa boda. Matilde había aceptado gustosa el ofrecimiento, y aun parecía estar por ello muy agradecida.

Al mismo Diego había dicho Beltrán muchas veces aludiendo á la boda:

—Amigo, esas cosas se hacen en caliente; son como el café que hay que beberlo abrasando.

—Bah, no corre gran prisa, contestaba Diego.

Beltrán se reía y á veces se ponía á hacer planes de cómo se arreglaría la casa: tal tabique se quitaría; se entablaba el patio para el baile..... porque tenía que haberlo y muy bueno; se pondría una bonita carpa, muchas luces de colores, mucha verdura, mucha flor, y buena música; una boda á la sevillana: ya verían!

Matilde y Julián llevaban el corriente, mientras que don Clemente protestaba; eso sería un gasto enorme, decía; lo mejor será hacer la cosa sin os-

tentación.....en fin ya se verá.....faltaba aún mucho tiempo.

Beltrán se retiraba sonriente después de esas tertulias caseras que se prolongaban á veces hasta las once de la noche, y daba un paseo por los lugares que más le gustaban.

Empezaba á aburrirse y no sabía qué hacer de su tiempo: encontraba la vida de San José tan monótona y quieta, sin diversiones, tan estéril en todo sentido! él, que estaba acostumbrado á la alegre y bulliciosa de las grandes capitales europeas; él, que había sido asiduo concurrente al Casino y al Jardín de París, á "Olympia", á "Les Ambassadeurs" y á "L' Horloge", y que aun recordaba las coplas chispeantes y candentes de Yvette Gilbert y la famosa danza de la *bella chiquita*.....

Con las manos en los bolsillos y el sombrero en la corona echaba á andar por la acera de la calle de la estación, paso á paso y fumando su cigarrillo, mientras venían á su mente los recuerdos.

Cuando se ha vivido en París, siquiera tres meses, con algunos *luisés* disponibles en el bolsillo, para tirar alegremente, no se olvida París jamás: sigue viviendo en la cabeza, es una verdadera obsesión que le acompaña á uno por toda la vida.

Urdaneta, al pasar frente al parque de Morazán, y ver las arboledas, los arriates llenos de rosas, y los pequeños estanques, entornó los ojos y dejándose arrebatado por su imaginación, soñó en París.

Caminaba por los grandes boulevares llenos de gente, inundados de luz, de ómnibus, de carruajes, de vendedores de periódicos y de baratijas, grupos, parejas que beben y comen en las mesillas; los pintores callejeros que retratan al creyón en diez minutos y por medio franco, mientras que el *original* come un sandwich y bebe un bock, todo aquel ruido, aquel oleaje llegaba á sus oídos, como una música y él seguía; atravesando la plaza de la Opera, llegaba frente á la Magdalena, tomaba por la rue Royale, desembocaba en la gran plaza de la Concordiavolvía á ver el famoso obelisco, las gigantescas fuentes, las estatuas representativas de las provincias, francesasla de Strasburgo de luto y aquellas palabras grabadas en letras negras que parecen un llamamiento al recuerdo del gran desastre : "Quién vive? la Francia!"

Y allá arriba, en la oscuridad del cielo, el reflector eléctrico de la Torre Eiffel, cuya luz cambia de color á cada momento, parecíale un ojo enorme que le hacía guiños maliciososá la derecha, la ancha avenida de los Campos Elíseosallá el Arco de Triunfo que visto de tan lejos parece un juguete sobre el cual puede pasarse un pierna luego, el Bosque. Al otro lado del Sena, en el Barrio Latino, los bailes, las orgías con *cocottes* de diecisiete años que beben cerveza y bailan enseñando los pantalones rizados de encajes como los pétalos de un clável blanco.

Luego venían á su mente los grandes bailes,

los saraes á que era invitado por su carácter oficial, las comidas, las visitas y paseos donde se trataba con personajes linajudos y con sus colegas de hispano-américa.....sus aventuras amorosas, todo pasó ante su imaginación como en un caleidoscopio.

Ahora se encontraba en Méjico, después de tres años de ausencia: había vuelto á ver sus antiguas relaciones, y frecuentado el Gran Teatro Nacional, que puede abrigar cómodamente tres mil espectadores; el de Iturbide, el Principal, y otros que había hallado mezquinos y vulgares. Recorría el hermoso paseo de la Reforma, el sitio de Chapultepec, el grandioso paseo de la Alameda, el más delicioso de la gran ciudad Azteca.....los jardines de Bucarelli, el Tívoli, el pequeño Versalles, y sonreía como un sonámbulo al recordar los espléndidos de Versalles, residencia de los antiguos reyes de Francia.

Urdaneta volvió en sí como quien despierta de un sueño: estaba en el Parque Nacional y aspiraba con delicia el aire fresco y perfumado; allá abajo veía en confusa masa la ciudad, salpicada de focos luminosos que titilaban en la diafanidad de la noche; paseaba por las callecitas enarenadas, mirando con insistencia ciertos lugares donde la sombra protegía con sus alas el idilio de una pareja que se besaba y estrechaba; luego volvió á bajar, pensativo y cabizbajo: de pronto, en lo hondo de su cerebro cruzaba la imágen de una mujer que le miraba con sus

grandes ojos pardos, húmedos, y le sonreía.....
una sonrisa contenida entre dos comisuritas de una
boca adorable; esa mujer estaba admirablemente
peinada, así como peinaba Matilde su hermoso ma-
tón de pelo.



X

La caridad, (no decimos la caridad cristiana porque entendemos que toda caridad lo es), nos encanta y nos seduce; es una religión que profesamos llenos de fe, y no quisiéramos faltar ahora á sus bellísimos principios; pero la tarea que nos hemos impuesto en esta obrilla, de narrar los sucesos con toda imparcialidad, nos obliga á contar una de las más grandes rocinadas que cometió don Clemente á instancias de su hija, quien se salió con la suya. Ello, además, es preciso que se sepa para la mejor inteligencia del lector en los acontecimientos de esta *historia* que si no es verídica puede que ande cerca de serlo.

Es el caso que nuestro lujoso Teatro Nacional iba á estrenarse: había hambre de esa diversión; desde que los temblores de fines de 1888 dejaron inútil el caserón que se llamó Teatro Municipal, que había servido luengos años y que hizo las delicias de la generación que pasó, y de la que está pasando, no habíamos tenido otra cosa que las representacio-

nes que solían darse en el teatrillo Variedades levantado así, de prisa, mucho tiempo después, para llenar una necesidad apremiante.

Estábamos locos de entusiasmo. No se sabía á ciencia cierta cuánto costaba nuestro espléndido Coliseo: lo teníamos concluído y alhajado y ¿quién se para en peillos para averiguar esas cosas? Aunque hubo criticones que dijeran que con el dinero invertido en ese camión de once kilómetros en que el país se había metido, pudo hacerse esto, y aquello y lo de más allá, de necesidad real y palpitante, nadie les hizo caso, y nuestro Coliseo se está allí tan campante como diciendo ¿quién me tose á mí?

Si fue milagro que no bautizáramos nuestro barco "Braulio Carrillo," *O terror dos mares é terras!*

El Teatro se estrenaba, y con un lujo digno del segundo Imperio. Vino una gran Compañía de Opera que casi casi nos deja en las latas, pues aun cuando el número de los aficionados á la buena música puede contarse aquí de corrido, sin tomar un respiro, los abonos se llenaron más que de prisa, y á precios jamás vistos ni soñados en esta bendita tierra del café.

Matilde, muy bien relacionada, no podía comprender cómo su papá que era tan bueno, no tomaba un abonito á un palco pequeño, aun cuando fuera en compañía de alguna familia.

Aquí de los trasudores y congojas de don Clemente; pero hubo súplicas y llantos, y mucho de aquello de . . . "caramba, todo el mundo va al teatro

menos *uno*," ó bien, "don fulano que es más pobre que usted, y que gana menos, se ha abonado. . . . sólo *uno* ha de estar siempre metido en el rincón. . . etc.

Don Clemente en uno de esos momentos que nos recuerdan la debilidad de nuestro padre Adán, ofreció. . . y pecho al agua! qué demonio, no había de hacerse por ello más pobre.

Ah, si Julián hubiese estado en San José, es seguro que el tal abono se habría ido á los cuernos de la luna; pero quiso la desgracia que el severo hijo de don Clemente anduviera por el Guanacaste realizando las mercancías de un velero que había llegado á Puntarenas por cuenta de la casa en que él trabajaba, y que no regresara sino unos dos meses después.

Don Clemente salió á buscar un cirineo que le ayudara á pagar el consabido abono, y regresó rendido y sudoroso diciendo á su hija:

—No hay más que un palco disponible; todo está tomado; y no he podido hallar un compañero para. . . .

—Pues corra, contestó Matilde; vea que nos quedamos sin nada. . . .

Don Clemente se abonó.

Matilde le aseguraba que bien podían venderse dos sillas del palco, y sacar algo para no sentir tanto el gasto; ó bien convidar á algunas de sus amigas de las cuales otras veces ella había merecido invitaciones al Variedades, y así devolvería el cumplido.

Surgió luego la gran cuestión: la indumentaria.

La guardarropa de Matilde no andaba tan abundante que le permitiera asistir al teatro tres ó cuatro veces por semana, y ella no era mujer capaz de presentarse con el mismo traje, en aquel lugar, tres veces seguidas. Además, don Clemente andaba escaso de lo mismo; su chaquécito, un noble chaqué que le acompañaba hacía mucho tiempo, empezaba á resentirse de tanto ajeteo, y palidecía y perdía el color y la salud, que era una ruina: de zapatos por ahí se iban, y *de lo interior* no digamos: como *eso* no se ve, según aseguraba Matilde, bien habría, para no comprar sino *lo más preciso*, con tres pares de calcetines y tres vestidos interiores. . . .; los que existían en el arca de don Clemente, aunque estaban con unos zurcidos y unos parches en las partes nobles y en las rodilleras, todavía podían ir tirando unos días más.

Todas esas cuentas se hacían para formular el Presupuesto General de Gastos, y ver de conseguir el dinero; pero éste no se deja atrapar así como se quiera: se defiende con un descaro de *buscona*, y no se entrega sino á cambio de una buena garantía.

El presupuesto, para un traje de don Clemente, (sombbrero de copa inclusive), era de rigor, zapatos, y algunos trajes para Matilde, y demás accesorios, (ya estaba aburrída de ir con abrigo y abanico prestados), y el importe del abono, jugaba alrededor de unos mil cincuenta y siete pesos.

—Mil cien, había dicho Matilde que para redondear sumas se pintaba sola.

Ella había tratado con su padre tiempos atrás de otro gran asunto. Deseaba instalar en la casa la luz eléctrica y hacer una reforma al corredor, la cual consistía en cambiar los ladrillos rojos, por unos de mosaico que había visto en cierta casa y que le gustaron mucho. Concibió pues la luminosa idea de que ya que se iba á buscar dinero para el Teatro, se arreglara el negocio por una suma mayor, á fin de atender á esos trabajos. Aprovechando la resolución de don Clemente, le indicó la idea. La tal instalación y el embaldosado costaban, según presupuesto que se había hecho, por ahí de cuatrocientos pesos á todo tirar.

—Aprovechemos esta ocasión, había dicho Matilde; mil cien pesos.....y cuatrocientos....son.....

—Mil quinientos, mucho dinero! contestó don Clemente distraído.....

No hubo caso.

Suma tan respetable, tuvo que ser asegurada por don Clemente, con hipoteca sobre su casa al dos por ciento y con un año de plazo.

—Un año! había dicho Matilde batiendo palmas, uh! de sobra se puede pagar; cada mes un poquito, ya verá.....hay que resolverse!

Pero el año había vencido, y allá se estaba la hipoteca, muerta de risa y haciendo unas muecas al bueno de don Clemente, que no le dejaban dor-

mir, y cuando lo hacía, veía en sueños unos *unos* enormes, como los postes de la luz eléctrica; un *cinco* como una horrible sierpe enroscada, erguida y pronta á saltarle al cuello, y unos ceros: condenados ceros! Qué diablura!

A veces en la vida, y en las situaciones más apuradas, suele hallarse algún acongojado mortal, el ángel de su guarda en la figura de un individuo que gasta zapatos de becerro, gafas ahumadas, y viste de pacotilla.

Y así ni más ni menos encontró don Clemente el suyo, en la persona del señor Cartín, don Eduardo, á quien nuestros lectores ya conocen.

Viejo amigo de don Clemente, y pretendiente de Matilde en un tiempo, redimió la hipoteca, á cambio de un pagaré, con el uno por ciento, pero á condición, eso sí, de que cada mes se le abonara una sumita (siempre que decía *sumita* se frotaba las manos, como quien se las jabona).

Julián que vió el mal sin remedio, con la constancia y honradez que le caracterizaban, cumplía haciendo mil sacrificios con esa obligación, á la que se consideraba atado por la gratitud más grande, y ya ni siquiera quería acordarse del origen de esa deuda, para evitarse berrinchines y sinsabores: bastante había tronado cuando descubrió el pastel. No sabemos si don Eduardo Cartín había echado sus cuentas con respecto á Matilde, sabiendo, como

lo sabe todo el mundo, que la gratitud es puerta por donde muchas veces entra el amor; pero es lo cierto que á pesar de haber obtenido de Matilde unas calabazas muy redondas que le tuvieron algo corrido por un tiempo, no quiso darse por chasqueado y siguió visitando la casa, aunque más de tarde en tarde, pensando en volver á la carga en primera oportunidad. Ahora estaba más rico, y creía que esta consideración haría variar los sentimientos de Matilde hacia él.

